

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



NAVIDAD: ¿TEMPORADA DE AJETREO O DE REFLEXIÓN?

«¡Mamá, paremos un
ratito a mirar a Jesús!»

LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS

¿Quién es el homenajeado?

SIMBOLISMOS

Dulces y arbolitos

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: <http://es.auroraproduction.com>

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000
conectate@conectate.org
(52-8) 311-0550

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile
conectatechile@mi-mail.cl

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia
conectate@andinet.com

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
Perú
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA
activatedUSA@activated.org
(1-877) 862-3228 (número gratuito)

EN INTERNET
www.conectate.org

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Philippe LaPlume, Kristen Dufrane,
Kat Levi

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 2, NÚMERO 12
© Dic. 2001, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Cada persona ve la Navidad desde su prisma particular.

Para unos es una óptima oportunidad de ganarse un poco de plata; para otros constituye una desdicha en sentido económico, un vórtice por donde gastan lo que luego tardarán meses en recuperar.

Para unos es la temporada más propicia para gozar de la compañía de familiares y amigos, una época en que el amor y el cariño mutuos tienen preeminencia; para otros, la soledad se hace insoportable en esos días, más que en ningún otro período del año.

Para unos la Navidad es sinónimo de la calidez y seguridad del hogar y la familia; para otros, en cambio, es un doloroso recordatorio de todo lo que no poseen y probablemente jamás poseerán.

Para unos es ocasión de reflexionar profundamente; para otros, oportunidad de festejar y olvidarse de todo.

Algunos se zambullen en un derroche de obsequios para sus seres queridos, esperando a su vez recibir toda una avalancha de regalos; otros, en cambio, se valen de la ocasión para brindarse generosamente a extraños que sufren necesidad sin esperar nada a cambio.

Para unos es un breve escape anual a un mundo de ensueño vestido de luces de colores y adornitos donde todo es alegría y todo está bien; para otros es renovada esperanza de que un día se enmendará el mundo y los hombres de buena voluntad gozarán de auténtica paz en la Tierra.

Para unos el protagonista es un alegre viejito de traje rojo y larga barba blanca, que con unas cuantas carcajadas hace realidad los deseos de los niños; para otros, un niño nacido en un pesebre, que hará realidad los deseos divinos.

Para nosotros, los editores de *Conéctate*, la Navidad es una ocasión de unirnos a millones de personas del orbe en la celebración del nacimiento de Cristo y compartir Su amor con los demás.

Esperamos que el presente número contribuya a hacer de esta Navidad la más feliz y trascendental que hayas tenido. Que Dios te bendiga y haga de ti una bendición durante esta temporada navideña y a lo largo de todo el año.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

El amor conmueve

EN NOCHEBUENA

JOANNA, BRASIL

La última Nochebuena fuimos a cantar villancicos a un hospital, en el que conocimos a numerosos pacientes. Todos tenían necesidad de amor y consuelo, pero el caso de la joven Solange —cubierta de yeso y vendas de pies a cabeza— era excepcional. Mientras le cantábamos, se puso a llorar. Al poco rato sollozaba de modo incontenible.

—Jesús te ama y vela por ti —le aseguré.

Me explicó que había sufrido un accidente de tránsito en el que murieron sus padres y su hermana. Solange había estado tres días en coma; no obstante, sobrevivió milagrosamente.

Rezó conmigo para recibir a Jesús, y le entregué dos afiches de nuestra agrupación. Uno de ellos llevaba impreso al dorso un mensaje sobre el Cielo; el otro versaba sobre el gran amor que abraza Jesús por cada uno de nosotros. También rogué por la curación de Solange y prometí volver a verla.

—Joanna —me dijo—, me llega al alma que te preocupes por mí y hayas venido a hacerme compañía en Nochebuena sin siquiera conocerme.

Solange permaneció tres meses más hospitalizada. La visité tanto como pude. Siempre le llevaba algún cassette de aliento de La Familia, como *No temas o Para salir vencedor*, o le leía la Biblia para animarla e infundirle fe. Cuando la dieron de alta, el milagro que empezó a producirse en ella durante la Nochebuena se había operado totalmente:

estaba contenta, sana y restableciéndose de aquel trauma emocional.

La Navidad es ocasión de perdonar

Un muchacho que se había fugado de su casa regresaba una nochebuena por ferrocarril. Escribió a sus padres para avisarles de su retorno, pero no sabía a ciencia cierta si sería bien recibido. Como la línea férrea pasaba delante de su casa, pidió a su padre que atase a modo de señal un trozo de tela roja en el corpulento roble que se alzaba en la parte posterior de la propiedad.

Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar, el joven expresó su ansiedad a un señor mayor que viajaba a su lado. Éste le garantizó que sería tan bien recibido como otro chico que se fue una vez de su casa, y seguidamente procedió a relatarle la parábola que contó Jesús sobre el hijo pródigo (Lucas 15:11–32).

Efectivamente, cuando el tren alcanzó la casa solariega, la señal roja del padre estaba desplegada. Pero en vez de una sola banderola roja, infinidad de ellas ondeaban al viento, suspendidas de todas las ramas posibles, pregonando a un joven escapado de casa que en Navidad todo se perdona.

En estas fechas el único ciego es quien no lleva la Navidad en el corazón.

HELEN KELLER



NAVIDAD: ¿Temporada de AJETREO o de REFLEXIÓN?

VIRGINIA BRANDT BERG

Hace varias Navidades estaba yo en la puerta de un moderno centro comercial admirando un precioso pesebre que exhibían en una vitrina. En ese momento pasaron presurosas una madre y su pequeña hija. Al ver el atractivo nacimiento, la niña tomó de la mano a su madre y exclamó:

—¡Mamá, mamá! ¡Paremos un ratito a mirar a Jesús!

Pero la madre, agobiada, le respondió que aún no habían hecho ni la mitad de sus compras y que no tenían tiempo para detenerse. Se alejó, pues, llevando a rastras a su hijita, que quedó visiblemente decepcionada.

Las palabras de aquella niña me resonaron en los oídos durante mucho tiempo. *¡Paremos un ratito a mirar a Jesús!* Pensé en todos los minutos que habían transcurrido vertiginosamente para mí aquella ajetreada Navidad en medio de la vorágine de las compras. ¿Cuántos minutos había pasado haciendo compras, preparando adornos y cocinando en los días previos a la Nochebuena y, por otra parte, cuántos había estado en compañía de Aquel cuyo nacimiento y vida constituyen el auténtico significado de esta fecha?

Jesús está siempre cercano a nosotros. Él «está a mi diestra», y es «más unido que un hermano» (Salmo 16:8; Proverbios 18:24). Tan cerca está que siempre podemos hablar con Él. Su nacimiento es la esencia de la Pascua. Los obsequios que nos hace —paz, amor y alegría de corazón— son la magia sustancial de la Navidad. Con los brazos extendidos nos ofrece esos presentes diciéndonos: «Venid a Mí. Yo os haré descansar. Aprended de Mí y hallaréis descanso para vuestras almas.» (Mateo 11:28–30.) Sin embargo, nunca accederemos a esos regalos si nos abrimos paso a empujones, listas de compras y quehaceres en mano, demasiado ocupados para detenernos y advertir siquiera que Él se encuentra allí.

Reza un viejo axioma: «En noche tormentosa no cae rocío». Asimismo, difícilmente experimentaremos el solaz y el gozo que nos transmite la proximidad de Jesús si estamos embarcados en una frenética carrera de logros y adquisiciones. El rocío del Cielo y las bendiciones de la Navidad recalcan pacíficamente en nuestro corazón cuando nos detenemos un momento y, guardando silencio, lo evocamos a Él. Seguir adelante sin contemplar a Jesús

es desaprovechar la única alegría auténtica y duradera y el único amor perfecto que podemos hacer nuestro en esta vida y compartir para siempre.

¿Por qué no hacer un alto y disfrutar —realmente disfrutar— de lo más puro de la Navidad? Reduzcamos nuestras listas de quehaceres. Disfrutemos de la belleza. La Navidad entraña muchas cosas maravillosas y nos ofrece a la vista numerosos esplendores. Sería lamentable perdérselo todo por andar envolviendo esto y aquello, corriendo a conseguir una última cosa, cocinando tal y tal plato y enfrascándonos en cantidad de preparativos para el festín. Es decir, por abarrotar la Navidad de cosas innecesarias. Mejor es detenernos a disfrutar de las cosas que importan en la vida, en lugar de precipitarnos hacia la Navidad con tal furia que al llegar por fin el Año Nuevo suspiremos con alivio: «¡Sobreviví a la Navidad!»

Jesús vino a traer bendición a nuestra vida. Por eso celebramos la Navidad. Él dijo que había venido para que tuviéramos vida y para que la tuviéramos en abundancia (Juan 10:10). El apóstol Pablo añade: «Tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). La paz y la vida no tienen por qué sernos esquivas en toda su plenitud. Están a nuestra entera disposición estas

Navidades: basta que con demos un espacio a Jesús en nuestra alma y en nuestra realidad cotidiana.

Permíteme pasar un minuto con Jesús. El verdadero espíritu de la Navidad se halla en Él. Quiero que la celebración de Su nacimiento me llegue al alma de forma novedosa este año. Quiero descubrir los regalos que Él me concedió hace tanto tiempo. Quiero participar más íntimamente de la Navidad asemejándome más a Él. Quiero parar un ratito a mirar a Jesús.

Jesús, cada jornada me propongo pasar tranquilos ratos a Tu lado, saborear esa paz que me has dado, oír Tu dulce voz con desahogo.

En un lugar ameno y apartado desechar los afanes de esta vida, dar fuerzas a mi alma alicaída, desterrar la borrasca y el enfado...

Un lugar de serenidad y confianza en el que sólo Tú puedes surtirme de aquello que preciso sin tardanza,

de esa bendición básica y sublime... un lugar de reposo y alabanza, donde mi ser descanse y se ilumine. ★



SEÑOR, PERDÓNANOS

La víspera de Navidad estuvo llena de incidentes, algunos de ellos desagradables. Papá parecía sobrecargado de preocupaciones, no sólo de paquetes. La ansiedad de mamá llegó al límite varias veces a lo largo del día. En cualquier lugar donde se pusiese la niña, estorbaba el paso. Finalmente la mandaron a la cama. El frenético trajín de las actividades navideñas la dejó aturdida. Cuando se arrodilló junto a su lecho para rezar el Padre nuestro, se confundió y dijo: «Perdónanos nuestras *navidades*, como nosotros perdonamos a los que nos *navidan*».

Observar a los tensos y nerviosos compradores durante estas fechas nos induce a orar como aquella chiquilla: «Perdónanos nuestras Navidades».

ANÓNIMO

«Noche de paz, noche de amor.»



¡Qué bella letra para esa hermosa canción compuesta hace tanto tiempo, un tema que capta perfectamente la calma, la serenidad y la paz de la primera noche de Navidad!

Joan, una nena de nueve años, estaba acostada en su camita escuchando los villancicos que su madre, Ángela Jenson, había puesto en el piso de abajo mientras preparaba la cena de Nochebuena. A la niña le hacía gracia que su madre escuchara con tanta afición aquellos viejos villancicos una y otra vez. Según sus cálculos, el favorito de su mami, *Noche de paz*, había sonado ya unas cien veces. Su mamá nunca se hartaba de escucharlo.

Joan vivía sola con su madre en un tranquilo barrio residencial. Había pasado la mayor parte del día en casa. Siendo ya media tarde, se puso inquieta. Se moría de ganas por hacer algo afuera. Ya tendría tiempo de sobra para estar con su madre y sus familiares durante las celebraciones navideñas; ahora tenía ganas de jugar con sus amigas.

Una de ellas vivía cerca de la esquina, cruzando la calle; así que se dirigió hacia allá. Su mamá le había enseñado a ser muy cuidadosa al cruzar la calle, y normalmente lo era. Pero en esa ocasión andaba distraída pensando en los juegos que organizaría con su amiga y en lo que harían antes que oscureciera. Sin detenerse en el bordillo y sin mirar a ambos lados de la calle para ver si venía algún vehículo, atravesó precipitadamente la vía.

De pronto se oyó un chirrido de llantas y un golpe seco, seguido del rugido de un auto que huía a alta velocidad. Ángela escuchó el alboroto desde la cocina. De un momento a otro todo su mundo se acalló. El corazón le reveló lo que había ocurrido. Soltó los utensilios de cocina y salió corriendo por la puerta. Horrorizada vio que Joan yacía inmóvil en medio de la calle.

La angustia se apoderó de ella. La paz y sere-



NOCHE DE PAZ

GEORGE GREY

nidad de que había gozado instantes atrás dieron paso a la desesperación. Corrió y se agachó junto a su hija.

Otras puertas se abrieron, y los vecinos salieron para ver qué había sucedido.

—¡Rápido! —gritó Ángela con voz temblorosa—. ¡Llamen una ambulancia! ¡Arrollaron a mi hija!

De rodillas junto a la nena, Ángela le despejó el cabello del rostro. Joan estaba inconsciente, pero respiraba. «¡Gracias a Dios! —pensó—. Está con vida. Todavía hay esperanzas.» Luego se puso a rezar en silencio. «¡Dios mío, te ruego que salves a mi hija! ¡Te suplico que no se muera!»

En el hospital los médicos determinaron que Joan había sufrido una fuerte conmoción cerebral y se había fracturado un brazo. Le dijeron que, tomando en cuenta la fuerza del impacto, era un milagro que no hubiera sufrido lesiones peores.

El estado de la niña se mantenía estable, pero pasaban las horas y no recobraba el conocimiento.

Ángela se quedó sentada junto a su hija hasta muy tarde aquella noche, todo el tiempo sosteniéndole la mano. El concepto de Navidad le resultaba anatema a la luz de lo ocurrido. Sin embargo, la conocida tonada le seguía dando vueltas en la cabeza: *Noche de paz, noche de amor...*

Ángela se cubrió el rostro con las manos. «¡Dios mío —rezó—, ¿será esta mi noche de paz? ¿Sucumbirá Joan a la paz, la paz eterna? ¿Se me va a morir?» No era esa la paz que tenía prevista para aquella Navidad. La invadió una absoluta soledad.

Noche de paz, noche de amor. Todo duerme en derredor. Primero esas palabras hicieron eco en su interior. Luego comenzó a cantarlas suavemente.

Noche de paz, noche de amor.
Todo duerme en derredor.
Entre los astros que esparcen su luz
bella anunciando al Niñito Jesús,
brilla la estrella de paz,
brilla la estrella de paz.

¡Dios mío, te ruego
que salves a mi hija!
¡Te suplico que no
se muera!



En la quietud reinante en aquella sala de hospital se fue instalando en el corazón de Ángela una serenidad cual nunca había conocido. Luego le vino a la mente con toda claridad una sola palabra: *Ora*.

No había otra cosa que hacer ni nadie a quien acudir. Ángela rogó entonces a Dios con toda el alma por la vida de su hija.

La paz que sintió antes de rezar no la abandonó en toda la noche. Mientras velaba por su pequeña, supo que Dios estaba en aquella habitación custodiándolas a ambas, tal como lo había hecho por Su Hijo recién nacido una noche parecida siglos atrás. El amor paternal es cualidad intrínseca de Dios. Sin duda se compadecería de la hija y de su madre y respondería su oración.

La mañana de Navidad se coló serenamente en la habitación con los primeros rayos del sol.

—¿Mami? Mami, ¿eres tú?

Ángela alzó pesadamente la cabeza. Se había quedado dormida en la misma silla en la que estuvo rezando.

—Joan, ¿estás bien?

—Sí, mamá, pero me duele la cabeza.

Ángela se acercó y besó a su tierna hija. Lágrimas de alegría le bañaban el rostro mientras agradecía en voz baja a Aquel que permaneció junto a ellas toda la noche.

—¡Gracias! ¡Gracias por velar por nosotras y por responder a mi oración!

Había recuperado a su hija. No hubiera podido pedir mejor regalo aquella Navidad.

Sin embargo, había más que agradecer. Su villancico favorito había cobrado un nuevo significado, pues Ángela se hizo cargo de la eficacia de la oración y experimentó la perfecta paz que deriva de la confianza en Dios. ★



La fiesta de cumpleaños

TED LITTLE

Querida Laurita:

Hola, amiga. Como sabrás, nos estamos acercando otra vez a la fecha de Mi cumpleaños. El año pasado hicieron una gran fiesta en Mi honor y deduzco que este año ocurrirá lo mismo. A fin de cuentas, llevan meses haciendo compras y preparándose para ello. Casi todos los días ha habido anuncios y avisos sobre la inminencia de la fecha. Es agradable saber que, al menos un día al año, algunas personas se acuerdan de Mí.

Hace ya mucho tiempo que les dio por celebrar Mi cumpleaños. Al principio creo que comprendían y agradecían todo lo que Yo había hecho por ellos. Pero hoy en día pocos le ven el sentido a mi cumpleaños. Me gusta que la gente se reúna y lo pase bien, y me alegra que los niños se diviertan tanto. Aun así, creo que la mayor parte no entiende el significado de estas fechas.

Por ejemplo, el año pasado fue el colmo. Al llegar el día de Mi cumpleaños armaron una tremenda fiesta; pero ¿puedes creer que ni siquiera me convidaron? ¡Imagínate! Yo era el invitado de honor y se olvidaron por completo de Mí. Llevaban dos meses preparándose para la ocasión, y cuando llegó el gran día, me dejaron en la calle. Francamente no me sorprendió mucho. En los últimos años ha venido sucediendo con frecuencia.

Aunque no me invitaron, se me ocurrió colarme sin hacer ruido. Entré y me quedé en un rincón. Estaban todos bebiendo, carcajeándose y pasándolo en grande cuando de pronto llegó un viejo gordo vestido de rojo, con una barba blanca postiza, gritando: «¡Jo, jo, jo!» Era evidente que había tomado más de la cuenta. Todo el mundo lo aclamaba mientras se abría paso

a tropezones entre los presentes. Se dejó caer pesadamente en un sofá, y todos los niños, emocionados, se le acercaron corriendo y chillando: «¡Papá Noel! ¡Papá Noel!» Como si *él* fuese el home-najeado.

Al final tuve que irme. Salí por la puerta principal y nadie se dio cuenta siquiera de que yo me marchaba. No sé si alguna vez me había sentido tan deprimido. Tú pensarás que yo no derramo lágrimas, Laurita, pero aquella noche lloré.

Por eso me llegó tan hondo que, al pasar por tu casa esa noche, tu familia me invitara a entrar y me tratara como a un rey. Me emocioné profundamente cuando me cantaron *Cumpleaños feliz*. Hacía mucho que a nadie se le ocurría hacer eso. Valoro enormemente a los amigos como tú. Es un consuelo saber que otros también me recuerdan en el día de Mi cumpleaños, personas que como tú celebran Mi aniversario con una comida sencilla y un rato agradable en familia. Sin falta

paso ese día por su casa.

Me conmovió mucho ver el pequeño pesebre que pusiste en un rincón de la sala de estar. Es lindo que la gente conmemore así Mi nacimiento. ¿Sabías, sin embargo, que en algunos países está prohibido exhibir nacimientos o pesebres en los parques, colegios y lugares públicos? Me refiero a países cristianos. ¿Adónde irá a parar este mundo?

Otra cosa que me desconcierta es que el día de Mi cumpleaños, en vez de hacerme regalos a Mí, se intercambien obsequios. ¿No te parecería raro que al llegar tu cumpleaños todos tus amigos decidieran celebrarlo haciéndose regalos unos a otros y no te dieran nada a ti? Una vez alguien me dijo:

—Es que a Ti nunca te vemos; ¿cómo vamos a hacerte regalos?

Ya te imaginarás lo que le respondí:

—Da comida y ropa a los pobres, ayuda a los necesitados. Visita a los que están solos. Todo lo que regales a tus semejantes para aliviar su necesidad, lo contaré como si me lo hubieras entregado a Mí.

Por desgracia, cada año es peor. Llega Mi cumpleaños y no piensan más que en compras, en fiestas y en vacaciones; y Yo no pinto nada en el asunto.

Pues les tengo reservada una sorpresa. O más bien para los que me aman y aprecian todo lo que hice por ellos. Laurita, voy a contarte un secreto. Se trata de

algo que vengo pensando desde hace mucho tiempo, y dada la situación, creo que voy a hacerlo muy pronto. Quiero organizar Mi propia fiesta. Habrá sitio para todo el que quiera venir. Sé que tú vendrás, Laurita. ¿Qué te parece? Ya estoy enviando invitaciones y cuando sea el momento propicio, la celebraré por sorpresa.

Dime enseguida si quieres venir, ¿de acuerdo? Te reservaré un lugar, y con grandes letras doradas escribiré tu nombre en Mi gran libro de invitados.

Se despide con mucho cariño,
Jesús

¿Conoces el auténtico sentido de la Navidad? La Biblia dice: «De tal manera amó Dios al mundo [incluidos tú y yo], que ha dado a Su Hijo unigénito [Jesús], para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Dios nos ama tanto que aquella primera Navidad envió al mundo a Su propio Hijo para que viviera aquí en la Tierra, nos comunicara Su amor y finalmente muriera en la cruz. Con ese acto sufrió en carne propia el castigo que nosotros nos merecíamos a causa de nuestros pecados.

Acepta el regalo de Navidad que Dios te hace —Jesús— y Su ofrecimiento de perdón, amor, vida eterna y mucho más. Entrega tu corazón a Jesús, y Él te obsesionará con Su amor, alegría y paz. Serás Suyo para siempre. Además, tendrás sitio reservado en la magnífica fiesta que dará pronto en el Cielo. ¡No te la pierdas! ★



LAS CAMPANAS



Que Dios te
conceda la luz
de la Navidad,
que es la fe;
su calidez, que
es el amor; su
resplandor, que
es pureza; su
integridad, que
es justicia; la
creencia en
ella, que es
verdad; y el
todo de la
Navidad, que es
Cristo.

WILDA ENGLISH

La poesía *I Heard the Bells on Christmas Day* se escribió el 25 de diciembre de 1863, durante lo más encarnizado de la guerra de secesión norteamericana. El famoso poeta estadounidense Henry Wadsworth Longfellow (1807–1882) estaba muy entristecido por los horrores de aquel conflicto, pues «parecía que el odio prevalecía por sobre todo en aquel momento». Su hijo, que cumplía servicio como teniente en el ejército de la Unión, acababa de ser herido.

Al escuchar Longfellow el repicar de las campanas navideñas, salió del hondo pesimismo que lo embargaba y llegó a la conclusión de que «Dios no es sordo, ni ha muerto aún». Confió en que Dios era más fuerte que los conflictos del mundo, y que un día haría prevalecer en la Tierra la paz y la buena voluntad. He aquí una traducción de dicha poesía:

En Navidad un carillón oí

En Navidad un carillón
oí tocando una canción
que repetía con alegría:
Paz al de buena voluntad.

Por todas partes, aquí y allá,
campanas de la cristiandad
tañeron con reiteración:
Paz al de buena voluntad.

Me dije en mi consternación:
No hay paz aquí en la Tierra, no.
El odio es tanto que ahoga el canto:
Paz al de buena voluntad.

El repicar cobró amplitud:
Dios no es sordo, ni ha muerto aún.
El bien, no el mal, ha de triunfar.
Paz al de buena voluntad.

Pasó el mundo de noche a día
al son de aquella melodía
que anunciaba a campanadas:
Paz al de buena voluntad. ★

Lecturas enriquecedoras

El verdadero sentido de la Navidad

Juan 3:16
1 Juan 4:9

Vivir la Navidad todos los días

Mateo 10:8
Mateo 25:34–40
Marcos 10:42–45
Lucas 10:25–37
Filipenses 2:3–8
1 Juan 3:16–18

EL PRODIGIO DE LA NAVIDAD



Un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado, y el principado sobre Su hombro; y se llamará Su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.

ISAÍAS 9:6



Jesucristo nació en las más viles circunstancias; pero el aire resonaba con los aleruyas de las huestes celestiales.

Se alojó en un establo, mas una estrella trajo de muy lejos a distinguidos visitantes para que le rindieran homenaje.

Su nacimiento contradujo las leyes de la vida. Su muerte impugnó las leyes de la muerte.

No poseía trigales ni pesquerías, mas dio de comer a 5.000 comensales, y le sobraron pan y pescado.

No caminaba sobre mullidas alfombras, pero anduvo sobre las aguas.

No obstante, de todos los milagros que obró, ninguno es tan prodigioso e inexplicable como el amor que nos brinda a ti y a mí.

•

Jesús renunció a Su ciudadanía celestial y, siendo rico, se hizo pobre por amor a nosotros, para que a través de Su pobreza fuésemos enriquecidos. No sólo fue preciso que bajara a la Tierra a mezclarse con nosotros, sino que

tuvo que introducirse en el pellejo humano y ser uno de nosotros. No tuvo más remedio que formar parte de la sociedad humana.

Llegó como un bebé manso y apacible, débil e indefenso. Además de adaptarse a nuestra forma y figura, adquirió también nuestros hábitos. Era humano. Se cansaba, le daba hambre, se fatigaba. Igual que nosotros, se vio expuesto a todo eso, pero sin cometer pecado. Así lo dispuso el Padre para que pudiera

compadecerse de nosotros, saber cómo nos sentimos, comprender cuando tenemos los pies doloridos y estamos agotados, percibir el momento en que ya no aguantamos más.

Dios envió a Jesús al mundo y le pidió que se hiciese humano para que nos transmitiera mejor Su amor, se comunicara con nosotros en el plano de nuestro entendimiento y tuviera más misericordia y paciencia con nosotros que el propio Dios. ¡Imagínate!

«Él conoce nuestra condición y se acuerda de que somos polvo» (Salmo 103:14), porque Él mismo adoptó esa condición, y sufrió y murió en ella por amor a nosotros. Descendió a nuestra altura para poder elevarnos a la Suya. ¡Qué milagro! Y lo hizo todo por amor a nosotros.

DAVID BRANDT BERG

ORACIÓN PARA HOY

Te agradecemos, Jesús, que vinieras a este mundo nuestro para vivir con nosotros y morir por nosotros. Viviste aquí como uno más y sufriste todas las cosas a las que nosotros nos enfrentamos a diario. Sin embargo, Tu fe nunca flaqueó.

Te agradecemos el mayor de los dones que nos has concedido: Tu misma persona. Te damos gracias por todo lo que te sacrificaste para obsequiarnos con la salvación y la vida eterna. Amén. ★



CARI HARROP

Criar con el corazón

Cosas sencillas que le confieren a la Navidad su carácter acogedor

El día del cumpleaños de mi madre me puse a pensar en ella y me di cuenta de que mi infancia estuvo marcada por algo en particular: los momentos que pasábamos todos juntos. Más concretamente evoqué las navidades que disfrutamos en familia. Lo que otorgaba cierta trascendencia a cada recuerdo no era la cantidad ni el valor de los regalos que recibimos, ni las celebraciones mismas, sino más bien las cosas sencillas.

Hubo una Navidad en que decidimos esforzarnos por hacer cosas juntos en familia. Confeccionamos un nacimiento con una vieja tabla cubierta de pinos en miniatura y figuritas que creamos y vestimos nosotros mismos.

Otra año, la fría casita en que vivíamos cobró calidez con una cinta de villancicos navideños —la primera que tuvimos los niños— y el entusiasmo de encontrar naranjas en los calcetines que colgamos, y nueces y pasas envueltas en papel de aluminio. Ese año decoramos un árbol navideño con adornos hechos en casa que hacían alusión a los dones del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:21–22).

Otra Navidad, cuando yo era aún más pequeña, enhebramos palomitas de maíz en un hilo y lo colgamos en el árbol. Para fines de diciembre ya casi no quedaban palomitas, pues

cierta niña se dedicaba a comérselas cuando nadie la veía.

También hubo una Navidad, cuando tenía 9 años, en que, al levantarlos a la mañana, mis cinco hermanos y yo nos encontramos con una sorpresa: una fila de cajas blancas de zapatos, cada una con el nombre de uno de nosotros y algún artículo dentro que necesitábamos o con el que podíamos jugar. Había cuerdas para saltar, medias, etc. Siendo hijos de voluntarios cristianos, apreciábamos aquellos regalos enormemente.

Al recordar aquellas bellas ocasiones, decidí esforzarme por que mis dos hijos también conozcan ese mismo cariño y emoción en esta Navidad. Quiero que a futuro guarden recuerdos entrañables de esta celebración. Y entonces caí en la cuenta de que lo que confería a aquellos momentos un valor particular era por una parte el amor de mis padres y el tiempo que nos dedicaban, por medio del cual se manifestaba su amor; y por otra parte su fe en Jesús y en la Palabra de Dios, que nos llevaron a descubrir la salvación y un propósito en la vida: el de llegar al corazón de los demás y conquistarlos con el amor del Señor.

No poseíamos gran cosa, pero teníamos al Señor y nos teníamos el uno al otro. Eso hacía que nuestras navidades fueran las más felices que yo sea capaz de imaginar. ★

Simbolismos



El mensaje de un dulcero

Un repostero del estado norteamericano de Indiana deseaba confeccionar un caramelo que representase el mensaje de Dios a la humanidad. A tal objeto, creó el bastón de caramelo típico de la Navidad. En tan sencilla forma, incorporó varios símbolos del nacimiento, ministerio y muerte de Jesucristo.

Comenzó con una barra de caramelo puro, macizo y de color blanco, simbólico de que el Señor nació de una virgen y que en Su naturaleza no hubo pecado. La dureza era señal de la fe y las promesas de Dios, firmes como una roca.

Dio al caramelo forma de jota en alusión al precioso nombre de Jesús, que descendió al mundo para salvarnos. También podía ser alegórico del cayado del Buen Pastor, en el cual se apoyó Él para bajar a los barrancos de este mundo y rescatar a los corderos que se han despeñado.

El dulcero añadió entonces cuatro franjas rojas al bastón. Las tres más delgadas simbolizarían las llagas infligidas a Cristo por los azotes. La otra, de trazo bastante más grueso, era alusiva a la sangre que derramó colgado de la cruz en promesa de vida eterna.

Si bien en muchos países el bastón de caramelo se ha constituido en uno de los rasgos distintivos de las Navidades, pocos conocen el simbolismo que tuvo en sus orígenes. Nos sirve de recordatorio del milagro que representa la venida de Cristo y el inmenso amor que nos trajo, el cual sigue siendo la fuerza preponderante del universo, la más sublime y positiva de todas.

No perdamos nunca el verdadero sentido de la Navidad

El propio árbol de Navidad puede aprovecharse para dar testimonio, como símbolo de la belleza de la vida y de lo viviente. Durante el invierno, rodeados de muerte y asolación, los árboles de hoja perenne son signo de la vida eterna. Pese a los rigores del tiempo, las plantas de hoja perenne siguen vivas y conservan su verdor y lozanía a lo largo de toda la temporada invernal. En este aspecto, son semejantes al Señor.

Que el árbol, pues, sea un recuerdo de Jesús, Hijo del imperecedero y eterno Dios de los Cielos, y un recordatorio de nuestra perennidad y vida eterna y de los otros dones con que nos adorna continuamente. No olvidemos nunca el verdadero sentido de la Navidad, ni dejemos que el real simbolismo del árbol y el espíritu de Cristo que dio origen a la celebración terminen anegados en la confusión y superficialidad de este mundo. Glorifiquemos al Señor en estas fechas.

ANÓNIMO

DAVID BRANDT BERG



Ocasión para amar

Para muchos de nosotros, desde muy pequeños, la Navidad fue siempre una época especial. Celebrábamos el nacimiento de Jesús, intercambiábamos regalos y visitábamos o recibíamos en casa a familiares y amigos. Pero la Navidad no es solamente una ocasión de disfrutar de esas dichas. Es también el mejor momento del año para dar a conocer al mundo a nuestro amado Salvador. Es una época en que la gente manifiesta mayor interés por conocer el significado de la Navidad y está más dispuesta a que le hablen sobre el sentido espiritual de una fecha tan celebrada por una buena parte del mundo. Incluso en países donde no se festeja tradicionalmente, la gente está deseosa de saber su verdadero sentido.

Esta Navidad tenemos oportunidad de brindar los mejores regalos de todos, no solamente a quienes conocemos bien y amamos entrañablemente, sino al prójimo, con quien compartimos el mundo. Hay a nuestro alrededor corazones abatidos que claman por un Consolador. Seres amargados y hastiados de pecado anhelan un Salvador.

Buscan a Alguien que los rescate, lloran por un Libertador. Se sienten abrumados por el temor y la incertidumbre, están sumidos en la desesperación. Han perdido la esperanza, andan oprimidos por cargas de rencores y sentimientos de culpa, presos de la vaciedad, atormentados por el dolor y el desaliento y acosados por problemas insalvables para ellos. Muchos carecen de objetivos y alicientes; no le encuentran sentido a la vida.

Jesús los ama y quiere recibirlos en Sus brazos. Pero para ello, el Todopoderoso y Omnisciente, cuyo amor es infinito, necesita tu ayuda. Tú eres los ojos de los que Él se vale para ver la necesidad de esas personas y amarlas. Eres los oídos con que Él escucha su clamor, al cual luego responde. Eres la voz con que Él las consuela, las lágrimas con que las conmueve y los brazos con que las estrecha.

¿Harás todo lo que esté a tu alcance por ayudarlas? ¿Darás de ti hasta que duela? Jesús lo hizo. Dejó el lugar más paradisíaco jamás creado para venir a la Tierra y soportar aquí incomodidades, humillaciones, burlas y dolor; todo eso con el fin

MARÍA DAVID

Dejó el
lugar más
paradisiaco
jamás
creado
para venir
a la Tierra

Conviértete en
las manos,
pies,
ojos
y labios de Cristo.

de salvarnos. ¿Renunciarás por un rato a la dicha y calidez de tu Hogar, dispuesto a soportar incomodidades, humillación, cansancio, a veces hasta burlas y escepticismo, para llevar el amor de Jesús a los necesitados?

Puedes hacer un aporte significativo esta Navidad. Aun el menor de los esfuerzos por compartir lo poco que tengas irradiará gran luz en la vida de alguien. Tu luz brillará con mayor intensidad este año debido a que las tinieblas del mundo se han tornado más densas, y tu velita se verá reflejada en la vida de muchas personas como un rayo de fe y esperanza que penetrará en las profundidades de su desesperación y temor.

Haz un esfuerzo por comunicarte con los demás. Explícales que Jesús vino al mundo para amarlos, que murió para salvarlos y que resucitó para transportarlos a un formidable nuevo mundo que pueden conocer aquí mismo en la Tierra, y además disfrutar de la eternidad en el Cielo. Proclama que celebramos el cumpleaños de un Salvador vivo, no de un héroe muerto. Un Salvador vivo, que nació y murió en la Tierra a fin de poder resucitar y rescatarnos

de este reino de tinieblas, muerte, temor y soledad.

Como Su Padre lo envió a Él, Jesús nos envía a nosotros. Conviértete en las manos, pies, ojos y labios de Cristo. Asiste a los quebrantados de corazón; consuela a los afligidos; libera a los cautivos; da de comer al hambriento el pan eterno; resucita a los que yacen muertos en pecado y trasgresión; sana a los enfermos de cuerpo y de espíritu; abraza a los rechazados, a los desechados y marginados; da vista a los ciegos llevándoles a Jesús, que es la Luz del mundo. Predica las Buenas Nuevas a los pobres; desata las ligaduras de impiedad; alíviales las cargas; libera a los oprimidos. Dale gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado. De gracia recibiste; da de gracia. (Mateo 10:8; 11:5; Juan 20:21; Isaías 58:6; 61:1,3.)

Y no nos detengamos al terminar la Navidad. Sigamos proclamando el mensaje con el mismo fervor todo el año. Celebremos cada día el nacimiento, la muerte y la resurrección de Jesús, que es promesa de vida nueva para todos. ★

De Jesús, con cariño

Amor... ese es el regalo que tengo para ti. Un amor sin límites. Un amor que no te juzga por el color de tu piel, tu aspecto físico ni tu manera de hablar. Un amor generoso. Un amor que comparte, que se interesa por los demás. Un amor vivo, vibrante, cálido y bondadoso. Un amor incondicional y eterno.

Un amor paciente en un mundo intolerante. Un amor que comprende esas interioridades y necesidades tuyas que no captan los demás. Un amor tierno y gentil en un entorno en el que imperan la frialdad y la dureza de corazón. Un amor que te consuela en tu dolor y tu soledad. Un amor que te tiende la mano cuando atraviesas un mal momento. Un amor alegre y risueño. Un amor que te infunde paz en tiempos tormentosos. Un amor que siempre da con una solución.

Siempre podrás contar con Mi amor. En cualquier lugar, en todo momento, de día y de noche. Mi amor descenderá al más profundo abismo para salvarte, irá a cualquier extremo para rescatarte. No se detiene ante nada, se entrega incansablemente. Te concedo Mi amor, infinito y fiel.

Mi amor te tranquilizará cuando algo te perturbe, te dará reposo cuando te invada el cansancio, fuerzas cuando te sientas incapaz de continuar. Mi amor aplacará tus temores y te alentará cuando te asalte la desesperación. Mi amor puede sanar tu cuerpo doliente y aliviar tus penas y sufrimientos. Mi amor calmará tu desasosiego y desvanecerá la tensión, las preocupaciones y el estrés.

De regalo esta Navidad te ofrezco
Mi amor. Siempre te lo he querido
dar. ¿Lo aceptas?

Jesús

¿Será posible que Jesús te ame y se interese por ti a tal grado? ¿Te gustaría saberlo a ciencia cierta? Basta que le des una oportunidad. Ponlo a prueba y verás. Abre tu corazón y deja que deposite en él Su don de amor. Simplemente di: «Te acepto, Jesús. Quiero Tu regalo de amor y vida, pleno y gratuito.» Es así de sencillo. Él hará lo demás, pues te ama. ¡Feliz Navidad!

Para suscribirte a la revista *Conéctate*, manda tus datos a una de las direcciones de la página 2, o bien a: